

## CAPÍTULO IX DE JOB.

Confieso que es así, que nadie es parte,  
Si Dios, responde Job, al hombre acusa,  
A con justa razón guardar su parte;  
Que con quien él baraja, si ya usa  
De todo su saber, dará turbado  
Por mil acusaciones una excusa.  
Es de corazón sabio, está dotado  
De poderosa fuerza; ¿quién presume,  
Temiendo lid con él, gozar su estado?  
Los montes encumbrados tuerce y sume  
Con tan presto furor, que apenas vieron  
El golpe decender que los consume.  
En tocando la tierra, estremecieron  
Los fundamentos de ella, y conmovidos  
De su lugar eterno y firme fueron.  
Manda al sol que recoja sus lucidos  
Rayos, y no los muestra, y los sagrados  
Ardores por él son oscurecidos.  
El tiende el aire puro, desplegados  
Los cielos son por él, y va y camina  
Por cima de los mares más hinchados.  
El solo cria el norte y la bocina  
Y el carro y el austral contrario polo,  
La retraída estrella peregrina.  
Poderoso obrador de lo que él solo  
Entiende; de sus obras y grandeza  
Comenzó el hombre el cuento, mas dejólo.  
Pondráseme delante, y mi rudeza  
No le conocerá, subirá el vuelo,  
Y no entenderá: tal es tu alteza.  
Pues si algo aprehendiere, ¿quién del suelo  
Le quitará la presa? ¿cuál osado  
Razón demandará al que tuerce el cielo?  
No enfrena con temor su pecho airado;  
Que del mundo lo alto y lo crecido  
Debajo de sus pies tiene humillado.  
Pues ¿cuándo ó cómo yo seré atrevido  
De razonar con él? para su audiencia  
¿Qué estilo fallaré tan escogido?  
Que ni sabré tornar por mi inocencia,  
Por mas que limpio sea, mas temiendo,  
Le rogaré que juzgue con clemencia.  
Y podrá acontecer también que habiendo  
Llamádole, responda, y yo no crea  
Ni sepa que á mi voz dió entrada oyendo.  
El como torbellino me rodea,  
Y empina y bate al suelo presuroso;  
En añadir dolor en mi se emplea.  
No me concede un punto de reposo,  
Ni un solo recoger el flaco aliento;  
En amargarme solo es abundoso.  
Así que, si va á fuerzas, no entra en cuento  
La suya; si á derecho, no hay criado  
Que parezca por mí en su acatamiento.  
Seré yo por mi boca condenado,  
Si hablo en mi defensa; limpio y puro  
Seré, y convencerá que soy culpado.  
Yo mismo no estaré cierto y seguro  
De mi justicia misma; lo mas claro  
De mi vida tendré por mas oscuro.  
Mas lo que he dicho y digo es, que al avaro,  
Al liberal, al malo, al virtuoso  
Le rompe de una suerte el hilo caro.  
Mas ya que el destruirme le es sabroso,  
Acábeme de una, y no haga juego  
Del mal de quien jamás le fué enojoso.  
Andais mal engañados. Hacé entrega  
Del mundo, si le place, al enemigo  
Injusto, que le pone á sangre y fuego,  
Y lo trastorna todo, y no hay testigo  
Ni vara que se oponga á su osadía.  
Decid, ¿quién se lo dió, sino es quien digo?  
Y á mí, que no he pecado, el corto día  
De la vida me huye más ligero  
Que posta, y mas que sombra mi alegría.  
No corre así el navio mas velero,  
Ni menos así vuela y se apresura  
A la presa el milano carnicero.  
Ni en el pensar jamás tuve soltura.  
Jamás dije entre mí: «Quiero yo agora

Hurtarme al sobrecejo, á la cordura.»  
No me desenvolví siquiera un hora;  
Que siempre ante mis ojos figurada  
Tu mano tuve y fuerza vengadora.  
Mas si, como decis, soy malo, nada  
Me servirá el rogar, porque si fuese  
Justo, no lo seré si á él le agrada.  
Si puro mas que nieve emblanqueciese,  
Si mas que la limpieza misma todo  
Con dichos yo y con hechos reluciese,  
Ante él pareceré con torpe todo  
Revuuelto y sucio, así que mi vestido  
Huya, desamparandome del todo.  
¡Ay! que no es otro yo, ni igual ceñido  
De carne, con quien pueda osadamente  
Ponerme á barajar por mi partido.  
Ni menos hay nacido, hay viviente  
Que medie entre los dos, que nos presida,  
Que mida á cada uno justamente.  
Ponga su vara aparte, y su crecida  
Saña no me estremezca, y yo me obligo  
A entrar con él en cuenta de mi vida;  
Mas así como estoy, no estoy conmigo.

## CAPÍTULO X DE JOB.

Este morir viviendo noche y día,  
Así me enfada ya, que sin respeto  
Las riendas soltaré á la lengua mía.  
Diré mis amarguras en secreto;  
Señor, ¿condenarás á un atrevido,  
Ni me dirás razón de aqueste aprieto?  
¿Es bueno ante tus ojos oprimido  
Tener con violencia al que es tu hechura,  
Y dar calor al malo, á su partido?  
¿Tus ojos son de carne por ventura?  
Tu vista cual la humana? tu partido,  
Tu ser es como el ser de la criatura?  
¿Pesquisas lo que dudas engañado  
Por dicha, ó por sospecha manifestado?  
Tú sabes que jamás te fuí culpado.  
¿No sabes mi ignorancia? Mas ni aquesto,  
Ni fuerza ni saber alguno humano  
Descarga de mis hombros lo que has puesto.  
Tus dedos me formaron, con tu mano,  
Señor, me compusiste á la redonda;  
Y ¿ahora me despenas inhumano?  
Acuérdate que soy vileza hedionda;  
Del polvo me hiciste encenizado,  
Hora es que el mismo polvo en mí se esconda.  
Como se forma el queso, así yo puedo  
Decirte, de una leche sazónada  
Me compusiste con tu sabio dedo.  
Vestíste me de carne rodeada  
De cuero delicado, y sobre estables  
Huesos con firmes nervios asentada.  
Vida me diste y bienes no estimables,  
Y con tu vestidura persevera  
Mi huelgo flaco y días deleznales.  
Bien sé que no lo olvidas ni está fuera  
De tu memoria aquesto, y que en tu pecho  
Mora lo que será y lo que antes era.  
Si te ofendí, Señor, bien me has deshecho;  
Si cometí maldad, á buen seguro  
Que no me iré loando de lo hecho.  
Y si pecador fui, ¿ay, cuánto es duro  
Mi azote! y si fui justo, ¿qué he sacado  
Mas de mí ser amargo y dolor puro?  
El cual como león apoderado  
De mí, me despedaza; mas yo luego  
Soy por tí á mas pena reparado.  
Con milagrosa mano en medio el fuego,  
Por prolongar mi duelo, me sustentas,  
Y muero siempre, y nunca al morir llevo.  
Renuevas mis azotes, y acrecientas  
Tus iras, y mandándome confino,  
Con un millón de males me atormentas.  
¡Ay! ¿de qué voluntad, Señor, te vino  
Reducirme á esta luz? ¡Ay! feneciera  
Antes que comenzara á ser vecino

## CAPÍTULO XII DE JOB.

Del mundo, que mortal; oh! ya me viera;  
Y el vientre se trocara en sepultura,  
Y como el que no fué jamás yo fuera.  
Mas pues lo poco que mi vida dura  
Conoces, ten, Señor, la mano airada,  
Dame un pequeño plazo de holgura  
Antes que dé principio á la jornada  
Para nunca volver, antes que vea  
La tierra negra de temor cereada.  
La tierra oscura, tenebrosa y fiera,  
De confusión y de desden muy llena,  
Falta de todo bien que se desea,  
Adonde es noche cuando mas serena.

## CAPÍTULO XI DE JOB.

¡Oh, cuánto, Job, lo tienes mal mirado,  
Si por juntar palabra, no arguido.  
Si piensas por hablar no ser culpado!  
(Dijo el Sofar Nosmano). Di: rendido,  
¿Todo te callará? ¿Tu solo, haciendo  
Burla, serás de nadie escarnecido?  
Di, falso, ¿no sonó tu voz diciendo:  
«Soy libre de maldad, soy limpio y puro,  
En obras, en palabras reluciendo?»  
¿Oh, si rompiese Dios su velo oscuro,  
Y puesto en clara luz y boca á boca,  
Habla se con tu pecho terco y duro,  
Y descubriese á tu arrogancia loca  
Su abismo de saber, su derecha,  
Y cómo á tu maldad su pena es poca!  
¿Por caso has apurado su honda alteza?  
Al último poder y ser divino  
¿Por dicha penetró tu gran viveza?  
Subido es mas que el cielo cristalino;  
Pues ¿cómo llegarás? Es mas profundo  
Que el centro; ¿qué hará tu desatino?  
Si mides de una parte á otra el mundo,  
Mayor es su medida, y con su anchura  
Compuesto el ancho mar, es muy segundo.  
Si todo lo talare, y sien escura  
Cárcel cerrado todo lo escondiere,  
¿Habrá que se te oponga criatura?  
Cuanto el mortal y vano pecho hiciere  
El lo conoce, y cala sus intentos,  
Y entiendo al que á sí aun no se entendiere.  
Que el hombre es vanidad, sus pensamientos  
Carecen de sustancia, y es movido,  
Como salvaje bruto, á todos vientos.  
Mas digo que si ahora convertido  
Te vuelves con estable y firme pecho,  
Y tiendes y los brazos y el gemido;  
Y si alejas de tu alma y de tu hecho  
A toda la maldad; si el desafuero  
No reposare mas dentro en tu pecho,  
Podrás alzar al cielo puro entero  
El rostro y sin manilla; denodado,  
No te pondrá temor ningún mal fiero.  
Y tú, de aquestos duelos olvidado,  
No quedará en tí dellos mas memoria  
Que de las raudas aguas que han pasado.  
Será cual mediodía, y mas, tu gloria,  
Y si rodare el tiempo, como aurora,  
Dará mas luz, erociendo, tu memoria.  
Seguro morirás, pues se mejora  
Tu suerte, y como si acabado hubieras,  
Así te será el sueño de aquella hora.  
Sin miedo que figura ó voces fieras  
Te asombren ó te rompan el reposo,  
Descansarás las horas postrimeras.  
Colgados de tu amparo provechoso  
Te acatarán los tuyos, los extraños,  
Con que será tu nombre mas glorioso.  
Mas ¿quién dirá del pecador los daños?  
El miedo le consume vida y ojos,  
Guarda le fallece, y de sus años  
El fin son males crudos como abrojos.

Torciendo Job el rostro dice: ¿El mundo  
Sin duda en vos se encierra, y acabado  
Con vos todo el saber, irá al profundo?  
Y yo de entendimiento soy dotado,  
Y no menos que vos, á lo que creo,  
Ni quedo en decir esto muy loado.  
Mas, pues tan sabios sois, ¿no veis que es feo  
Reir de un vuestro amigo en tal fortuna?  
No veis que Dios no oirá vuestro deseo?  
Atiéndeme: una tea ardiendo, ó una  
Antorcha en rico techo es abatida,  
Y guía bien los pies cuando no hay luna.  
No porque es maltratada fué perdida  
Mi vida, ni soy malo aunque azotado,  
Que á veces la bondad es afligida.  
¿No viste alguna vez de bien colmado  
El techo del logrero y del que adora  
El dios que con su mano ha fabricado?  
Mas Dios es poderoso, ¿quién lo ignora?  
El ave lo dirá, que el aire vuela,  
La bestia que en los bosques altos mora.  
La tierra torpe y bruta es como escuela,  
Que enseña esa verdad, el mar tendido  
Y cuanto pez por él nadando enuela.  
¿A qué cosa criada es escondido  
Que Dios con poderosa y sabia mano  
Crió la tierra, el cielo, el sol lucido;  
Y que de su gobierno soberano  
La vida del viviente está colgando,  
Y el soplo que gobierna el cuerpo humano?  
De cuanto razonásedes hablando  
La oreja es el juez, y en los sabores  
El gusto es el que tiene cetro y mando.  
Los viejos son muy grandes sabidores,  
Los días y los años prolongados  
En caso de saber son los mejores.  
Mas mucho mas en Dios aposentados  
Están todo el saber y valentía,  
Con otros mil tesoros encerrados.  
Lo que su mano airada al suelo envía,  
No se edifica, mas lo que él encierra,  
Cerrado quedará de noche y día.  
Secáronse las fuentes y la tierra  
Cuando él detiene el agua, y cuando quiere,  
Lanzándola destruye campo y sierra.  
Puede cuanto le place, y cuanto hiciere  
Es ley, y ni á sufrir ni á poner lloro  
Es parte algún mortal, si él no quisiere.  
Vacíos dejará de su tesoro  
Los pueblos donde el seso y ley moraba,  
Y convirtió en vil soga el cinto de oro.  
El cinto tachonado, que cercaba  
Los lomos del tirano, desatado,  
Lo muda en vestidura pobre, esclava.  
Del sacerdocio santo despojado  
Por él va el sacerdote, y por su mano  
El brazo poderoso es quebrantado.  
A todo el bien decir del pecho humano  
Deslengua, y si le place, en desvario  
Convierte el saber todo y seso anciano.  
Derrama de desprecios como un río  
Encima de los que resplandecian  
Ilustres en linaje ó señorío.  
Y los que en honda noche se sumian  
Los pone en clara luz, y saca al cielo  
A los que los abismos aseondian.  
Ya multiplica el pueblo, ya con duelo  
Lo mengua, y ó lo esparce ó lo destierra,  
Y lo reduce ya á su propio suelo.  
A las cabezas altas de la tierra  
Las ciega, y por los vermos sin camino  
Las lleva sin saber adó el pié yerra.  
Como el que en noche oscura pierde el tino,  
Y alarga á toda parte el aire en vano,  
Así van, y cual el que rige el vino,  
Que ofende aquí ya el pié y allí la mano.

## CAPÍTULO XIX DE JOB.

De tan luengo escuchar atormentado,  
Responde Job, y dice: ¿Hasta cuando  
Sere de vuestros dichos fatigado?  
Ya sobre nueve veces baldonando  
Perseverais mi mal, y cada hora  
Os vais mas contra mi desvergonzando.  
Pues digo lo que he dicho hasta agora:  
Erré; pues quiero errar, y de continuo  
Aqueste error conmigo vive y mora.  
Por mas que me digais que desatino,  
Por mas que porfiéis soberbiamente  
Que soy de cuanto mal padezco dino,  
Digo, porque entendais mas claramente,  
Que a ser juicio aqueste, el soberano  
Juez procedería ni igualmente.  
Estoy por la siniestra y diestra mano  
Situado en derredor, y si voceo  
Llamando quien me ayude, llamo en vano.  
Bramo por ser oído, mas no veo  
Manera de juicio, ni acusado  
Ni defendido soy, cual suele el reo.  
Veo que Dios los pasos me ha tomado,  
Cortado me ha la senda, y con oscura  
Tiniebla mis caminos ha cerrado.  
Quito de mi cabeza la hermosura  
Del vivo resplandor con que iba al cielo;  
Desnudo me dejó con mano dura.  
Cortóme al derredor, y vine al suelo  
Cual árbol derrocado; mi esperanza  
El viento la llevó con presto vuelo.  
Mostró de su furor la gran pujanza;  
Ajrado y triste yo, como si fuera  
Contrario, así de sí me aparta y lanza.  
Corrió como en tropel su escuadra fiera,  
Y vino, y puso cerco a mi morada,  
Y abrió por medio della gran carrera.  
Hizo de mi dolor muy alejada  
La ayuda de mis deudos; mis amigos  
Huyeron ya de mí, la fe olvidada.  
Y los vecinos, de mi mal testigos,  
Huyeron, ¡ay! y cuantos me trataban  
No cuidan ya de mí mas que enemigos.  
De mis puertas adentro los que estaban,  
Mis siervos como ajeno me extrañaron,  
Como si huésped fuera me miraban.  
Estos labios que veis ya vocearon  
Al siervo, que me huye mas que el viento,  
Y con palabras blandas le rogaron.  
Aun mi propia mujer huyó mi aliento  
Con asco, y mis brazos, y rogada,  
No quiso en su regazo darme asiento.  
¿Qué mas? Hasta la gente despreciada  
Me befan, y si dellos me desvío,  
Hacen burla de mí, cruel, malvada.  
Los que antes eran del secreto mio  
Abominan de mí, y estos preciados  
Amigos me maltratan con desvío.  
Mis huesos al pellejo están pegados,  
Y ya, de consumido, brotan fuera  
Los dientes, sobre el cuero señalados.  
Merced habed de mí, merced, siquiera  
Vosotros mis amigos, que la mano  
Del Alto me tocó, pesada y fiera.  
Baste que él no dejó en mi hueso sano,  
Sin que me acrecentéis mayor tormento,  
No hartos de mi mal crudo, inhumano.  
¿Oh, quién me concediese que este cuento  
Quedase por escrito figurado  
En libro que durase siglos ciento,  
O con buril de acero señalado  
En plancha, ó, para ser mas duradero,  
En pedernal durísimo formado?  
Si bramo, no por eso desespero.  
Bien sé que hay redentor para mi vida,  
Que el suelo hollará el siglo postrero;  
Por quien, despues de rota y consumida  
Mi carne, reformada y mas dichosa,  
Verá del Juez alto la venida.  
Yo mismo lo veré; de aquella hermosa  
Luz gozarán mis ojos, no otro alguno;

Esta esperanza firme en mí reposa.  
Dígolo porque todos de consuno  
Decís: «Demos en él, que, de acosado,  
Dará de su maldad indicio en uno.»  
Temed por Dios, temed el acerado  
Cuchillo, aquel cuchillo que apacienta  
Sus filos en las carnes del malvado,  
Sabiendo que de todo ha de haber cuenta.

## CAPÍTULO XX DE JOB.

Callábase ya Job, mas el Nemano  
Sofar, de enojo lleno y de despecho,  
Volviendo contra sí la diestra mano,  
Pues, dice, ¿para qué tengo en mi pecho  
Saber? para qué fin dentro en mi mora  
Razon, que me reduce á lo derecho?  
Que si esto dejo así pasar agora,  
Afrenta me será cuanto he velado,  
Que es aire mi saber dirá cada hora.  
Dime: ¿por aventura has olvidado  
Que desde que la tierra tiene asiento,  
Desde que en ella el hombre es sustentado,  
El canto del malvado es un momento,  
El gozo del hipócrita fingido  
En un abrir del ojo lleva el viento?  
Si levantare al cielo el cuello erguido,  
Si tocare á las nubes su altiveza,  
En rico trono altísimo subido,  
Como basura vil con ligereza  
Perecerá su fin, los que le vieron  
Dirán: «¿Qué es del? ¿Qué se hizo su grandeza?»  
Cual siseo volador, que no pudieron  
Prendelle, huirá, y muy mas ligero  
Que las noturnas sombras nunca fueron.  
Los ojos que le vieron de primero,  
No mas, ni le verá la casa amada,  
No el alto mármol, no el rico madero.  
Sus hijos en pobreza avergonzada  
Mendigos andarán, y de sus manos  
Sustentarán la vida lacerada.  
Pues ocupó sus fuerzas en livianos  
Hechos de mocedad, tenga por cierto  
Que irán con él al polvo, a los gusanos.  
Súpote bien el mal, el desconcierto  
Al gusto lo aplicó, y sin dejar nada,  
Le dió por la garganta paso abierto.  
Dañósele, al estómago llegada,  
La mal dulce comida, en ponzoñoso  
Tóxico por las venas transformada.  
Cuanto tragó sin orden, codicioso,  
Lanzó con mortal basca, y de su seno  
Lo saca Dios con brazo poderoso.  
Huyendo del vivir, tendrá por bueno  
Que el áspide le beba sangre y vida,  
O lance en él la víbora el veneno.  
No quiso la vivienda enriquecida  
De bienes inocentes del aldea,  
De miel y de manteca bastecida;  
Quiso que ajeno mal su censo sea,  
Mas no gozará del, ni de alegría  
Su ríca con mil cambios arca vea.  
Pues contra el pobre el brazo convertía,  
Aunque pueda usurpar la ajena casa,  
Jamás podrá fundar su tiranía.  
Pues que no conoció su hambre tasa,  
Verá, puesto en deseo y en bajeza,  
Que toda ajena mano le es escasa.  
Cruel no consintió que á la pobreza  
Sobrase de su mesa algun reparo;  
Por tanto será humo su riqueza.  
Cuando tuviere lleno el vientre avaro,  
Reventará de harto, y cien dolores  
Harán que el mal bocado le sea caro.  
Y Dios descargará mil pasadores  
Hasta vaciar la aljaba, y encendido  
En ira, lloverán sobre él temores.  
Del hierro huirá triste, afligido  
Dará sobre el acero; de un liviano  
Peligro dará en otro mas crecido.

Con la espada desnuda en alta mano,  
Con el amargo hierro relumbrante  
Le seguirá terrible el soberano.  
Tendrá por gran riqueza el mal andante  
La mas cerrada cueva y mas oscura,  
Por declinar los filos del tajante  
Cuchillo; y para su mas desventura,  
En triste soledad será abrasado  
Con fuego que contino en un ser dura.  
El suelo con el cielo concertado,  
Aqueste de sus bienes hará cuento,  
Aquel se le opondrá rebelde, airado.  
Y Dios destruirá desde el cimiento  
Su casa, esparcirá toda su gloria  
Con ira, cual al polvo hace el viento.  
Aquesta de los malos es la historia,  
Su granjería es esta, sus provechos  
Ansí los paga Dios, esta memoria  
Envía por los siglos de sus hechos.

## CAPÍTULO XXIX DE JOB.

Y dijo mas: ¡Oh! ¡quién me concediera  
El ser lo que fui ya en tiempo pasado,  
En tiempo cuando Dios mi guarda era!  
¿Cuando su resplandor en mi sagrado  
Lucía como antoreba, y yo hollaba  
La noche, con su luz clara guiado!  
¿Cual fui cuando la edad florida daba  
Vigor y hermosura al rostro, cuando  
En mi secreto el Alto reposaba!  
¿Al tiempo que duró perseverando  
Conmigo el poderoso, y me cenía,  
Colgada mi familia de mi mando!  
¿Cuando nadaba cuanto poseía  
En leche y en manteca, y aun la dura  
Penal del óleo ríos me vertía!  
¿Cuando de gloria lleno y de hermosura  
Salía al tribunal! Cuando en los grados  
Mi asiento se mostraba en mas altura!  
¿Cuando de ante mi faz, avergonzados,  
Los mozos se escondían, los ancianos  
En pie me recibían levantados!  
Ponían sobre su boca las manos.  
La gente principal en mi presencia,  
No osaban razonar por no ser vanos.  
Los hombres que tenían eminencia  
En sangre y en valor enmudecían,

Atentos esperando mi sentencia.  
Oídos que me oyeron bendecían  
Mi lengua, con las señas me aprobaban  
Los dichos que de mis labios salían,  
Cuando á los pobres que favor clamaban  
Libraba, general amparo hecho  
De cuantos sin abrigo se hallaban.  
Bendito fui de mil á quien mi techo  
Dió vida, y de la vinda fice llena  
La boca de loor, de gozo el pecho.  
Como de reo á reo en luz serena,  
Ansí de la justicia me vestía,  
La rectitud mi joya y mi cadena.  
Al pobre que de vista carecía  
Le fui en lugar de vista, del lisiado  
Tullido fui sus pies y su fiel guía.  
Por padre piadoso reputado  
De la pobreza fui; si contendían,  
En sus barajas puse mi cuidado.  
A los que violentos oprimían,  
Las muelas les desheche, y de la boca  
Les arranqué la presa que tenían.  
Y díjeme (mas ¡ay! ¡cuan falsa y loca  
Salió la mi esperanza!): «En mi reposo  
Traspasaré esta vida que me toca.  
»Ni faltará á mi tronco copioso  
Gobierno de las aguas, del rocío  
Mi campo no será jamás faltoso.  
»Injuria no hará el rigor del frío  
A las mis verdes hojas, siempre entero  
Relucirá en mi mano el arco mio.»  
¿Ay miserable engaño! ay, qué ligero  
Voló todo mi bien, cuanto esperaba!  
¿Cuan otro estoy de aquel que fui primero!  
¿Callaba quien me oía; cuando hablaba,  
Por no perder de mis palabras una,  
En mi los ojos firmes enclavaba.  
Jamás contra mis dichos hubo alguna  
Manera de respuesta; yo influía  
Como en sugeto humilde sin ninguna  
Dificultad; mi habla decendía  
Cual lluvia en sus oídos deseosos,  
Como en sediento suelo agua tardía.  
Si me reía á ellos, de gozosos,  
Apenas lo creían, al sentido  
De todos mis semblantes cuidadosos.  
En caminando á ellos, recibido  
De todos, me sentaba en cabecera,  
Cual rey que de su corte está ceñido,  
Cual el que da consuelo en pena fiera.